

manera de los *Comentarios de César* (1), á contar desde el primer momento hasta el día presente en que se disponía á hacer, en nombre de la Santísima Trinidad, un nuevo viaje que sería á gloria suya y honra de la Santa Religión cristiana. Cristóbal Colon confesaba al Padre Santo que el mismo objeto de sus fatigas le descansaba de ellas, hacía que no temiera los peligros, y le inducía á que no le importaran nada las fatigas y diversas muertes que en sus viajes había arrojado, sin que el mundo se lo agradeciera en lo más mínimo (2).

Confía al jefe de la Iglesia el objeto íntimo de su deseo en medio de sus descubrimientos. Acometió su empresa con la idea de emplear los beneficios que de ella resultaran á su favor, en restituir el Santo Sepulcro á la Santa Iglesia. Recuerda que luego de su llegada á aquella nueva región, escribió al rey y á la reina que antes de siete años pondría en pie de guerra cincuenta mil infantes y cinco mil jinetes, cuyo número doblaría al cabo de cinco años, y tendría de este modo un ejército de cien mil hombres de infantería y de diez mil caballos. Nuestro Señor le había dado experimentalmente la prueba de que sus rentas bastaban para el capital necesario; pero que Satanás puso en juego todos sus esfuerzos para que en aquella época no hubiese podido aún realizar nada. Se le había retirado violentamente el gobierno. Detrás de todas estas iniquidades veía Colon una maniobra del enemigo eterno, por temor de que se realizara un proyecto tan piadoso (3).

El borrador que poseemos de esta carta, dictada por el Almirante al joven Fernando, su hijo, quedó incompleto; pero no puede dudarse de que fuera terminada y formara parte del envío que Francisco de Riarol estaba encargado de dirigir á Roma. Poseemos la prueba implícita de esto.

Como Colon preparaba con tiempo su marcha, redactó una memoria para su hijo mayor don Diego, en la que consignaba sus derechos, enumeraba sus títulos, y le indicaba los medios para hacerlos valer. Esta precaución revelaba sus temores. Conocía muy bien las malas disposiciones del rey para con él y los suyos. Por temor de que en su ausencia ó después de su muerte, si acaecía en lejanas regiones, se añadiera á las violencias ya cometidas la expoliación manifiesta, robándole también los títulos y pergaminos de sus privilegios, confiados á sus fieles amigos los religiosos, y los depositó por copia ó por duplicado en sus conventos.

(1) «La cual tengo para ello que es en la forma de los comentarios é uso de César.» — *Carta del Almirante Colon á Su Santidad*.—Colección diplomática. Docum., núm. CXLV.

(2) «La cual razón me descansa y hace que yo no tema peligros ni me dé nada de tantas fatigas é muertes que en esta empresa yo he pasado con tan poco agradecimiento del mundo.» — *Carta del Almirante Colon á Su Santidad*.—Colección diplomática. Docum., núm. CXLV.

(3) «Satanás ha destorbado todo esto, y con sus fuerzas ha puesto esto en término que non haya efecto... por muy cierto que se vé fué malicia del enemigo, y porque non venga á luz tan santo propósito.» — *Carta del Almirante Colon á Su Santidad*.—Colección diplomática, núm. CXLV.

Á pesar de que tomaba esas medidas de prudencia, no por esto dejó de escribir á los Reyes para recomendar á su benevolencia á sus hijos y á sus hermanos, en el caso de que él muriese durante el curso de aquella expedición. Su carta pone de manifiesto sus inquietudes. Isabel, que se hallaba entonces en Valencia de la Torre, le contestó, el 14 de marzo, para calmar su cuidado, una carta firmada por los dos Reyes, concebida en términos que revelaba una deferencia y consideración enteramente extraordinarias, é inusitadas hasta aún con respecto á los personajes más elevados. Los Soberanos le recordaban el dolor con que habían sabido su encarcelamiento, conforme todos habían sido testigos de ello; prometían hacer por él mucho más de lo que estaba especificado en sus privilegios, y le renovaban la seguridad de que, después de él, pondrían á don Diego, el mayor de sus hijos, en posesión de sus títulos, cargos y dignidades (1).

No obstante estas reales promesas, continuó Colon tomando sus seguridades contra la malevolencia de la corte. Confió al jurisperito Nicolás Oderigo, embajador de la república de Génova, una copia de sus privilegios, que tenía encerrada en un cofrecito sólido depositado en el convento de la Cartuja de las Grutas, en Sevilla; y hubiera querido poder colocar sus títulos y tratados con la corona de Castilla en una caja impermeable de corcho, forrada de cera (2), que se hubiera echado en la cisterna, á fin de ocultarla mejor á las pesquisas de sus enemigos. No solamente dió al sabio Nicolás Oderigo copia de todos sus títulos, sino que hasta añadió á dicho legajo la carta del 14 de marzo, que apenas acababa de recibir, de cuyo total envío estuvo encargado Francisco de Rivarol (3). Colon suplicaba á su compatriota que avisara secretamente á su hijo mayor don Diego el sitio donde hubiese depositado el libro de sus privilegios y la copia de las cartas reales (4).

Temeroso de las tentativas de sus enemigos contra todo lo tocante á su nombre, derechos y honores, entregó á sus amigos los Franciscanos y á los Jerónimos una copia doble de sus tratados con los Reyes Católicos. Hecho esto, se ocupó en sus preparativos de viaje sin suspenderlos ni un momento.

Colon iba á embarcarse otra vez como en los días de su juventud, con un corazón que latía aún de esperanza, y con resolución inquebrantable. Pero no partía á fin de servir á un rey cuya ingratitude y sordas hostilidades le eran harto

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. LXXXVIII.

(2) «... Y esos privilegios querria mandar hacer una caja de corcha enforrada de cera.» — *Carta autógrafa del Almirante D. Cristóbal Colon al R. P. Gaspar de la Cartuja de Sevilla*.

(3) Carta de Cristóbal Colon á Messire Nicolas Oderigo. — *Codice Colombo-Americano*. Página 322.

(4) «Del recabdo y el lugar que poneis en ello, os pido por merced que los escribais á D. Diego.» — *Carta familiar de D. Cristóbal Colon*.—Colección diplomática, núm. CXLVI.

conocidas, sino sacrificándose de antemano á la humanidad toda entera. No pudieron detenerle las dulzuras del reposo en el hogar doméstico, que todavía no había podido gustar, ni su edad, ni sus dolores, ni el resentimiento de una antigua herida, ni los padecimientos que había sufrido en su última exploracion. Amenazado como se veía por la edad, deseaba haber realizado ya su empresa. Por medio de trabajos más prodigiosos aún pensaba poder vencer los obstáculos de la Corte, y llegar á su objeto definitivo, el rescate del Santo Sepulcro. Ahora, descubierta ya la Tierra firme, pareciale que si llegaba á pasar el Estrecho que debía existir hacia la mitad de aquel Nuevo Continente, nada se opondría ya á su circunnavegacion, y que regresaría á España por Asia y la costa africana. Para aquella atrevida exploracion contaba con la asistencia providencial, que siempre le había sostenido en los momentos más críticos. Con ardor propio de la juventud se lanzaba á los sesenta y seis años hacia lo desconocido, cuyo velo esperaba levantar enteramente aquella vez.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CRISTÓBAL COLON SALE DE CÁDIZ CON CUATRO BUQUES.—SOCORRE DE PASO LA FORTALEZA PORTUGUESA DE ARCILLA EN LA COSTA DE MARRUECOS, SITIADA POR LOS MOROS.—LLEGA Á LA VISTA DE LA ISLA ESPAÑOLA, HACE PEDIR AL GOBERNADOR OVANDO EL PERMISO PARA DESEMBARCAR, Á FIN DE REPARAR UNO DE SUS BUQUES EN MAL ESTADO Y PROCURARSE OTRO EN SU REEMPLAZO.—NEGATIVA DEL GOBERNADOR.—COLON PREDICE UNA VIOLENTA TEMPESTAD Y HACE SUPLICAR Á OVANDO QUE DETENGA EN EL PUERTO LA ESCUADRA QUE PARTE PARA ESPAÑA.—SE BURLAN DE SU AVISO.—ESTALLA LA TEMPESTAD Y DESTRUYE LA ESCUADRA.—JUICIO VISIBLE DE LA PROVIDENCIA.—EL ALMIRANTE Y SUS BUQUES SON PRESERVADOS.—COLON, ARRASTRADO PRIMERAMENTE Á LAS AGUAS DE CUBA, EN EL ARCHIPIÉLAGO DE LOS JARDINES DE LA REINA, DESCUBRE DESPUES LA ISLA DE GUANAJA CERCA DEL NUEVO CONTINENTE.

§ I.

Viéndonos obligados á reducir á cortas proporciones la historia de ese grande hombre, condensamos los principales sucesos de su vida, omitiendo forzosamente todos los pormenores que no le atañen personalmente. Hemos sacrificado resueltamente el estilo al laconismo, apuntando en primer lugar del modo más breve posible y recortando siempre nuestra frase y estrechando á menudo nuestras ideas, y prescindiendo voluntariamente de toda forma literaria. Aceptamos sin sentimiento la censura de aridez ó de excesivo laconismo, con tal que, no obstante lo reducido de nuestro cuadro, lleguemos á lo ménos (1) á reproducir los rasgos principales de nuestro héroe.

(1) La historia de Washington Irving, tan incompleta, tan ajena al carácter de Colon, cuenta cuatro